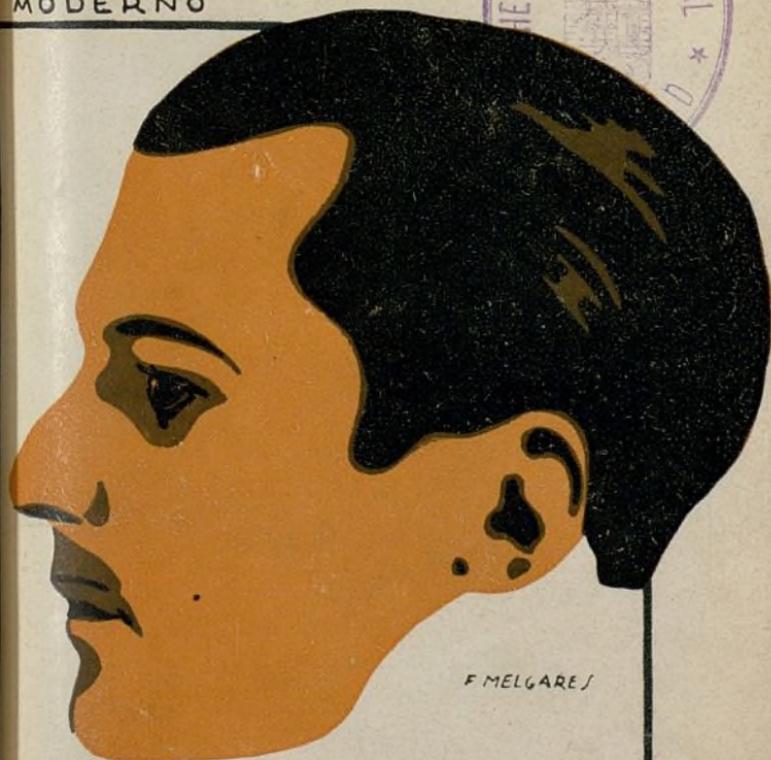


EL TEATRO
MODERNO



F MELGAREJ

50
CTS

SEM BENELLI
LA CENA DE LAS BURLAS

Ayuntamiento de Madrid

LA CENA DE LAS BURLAS

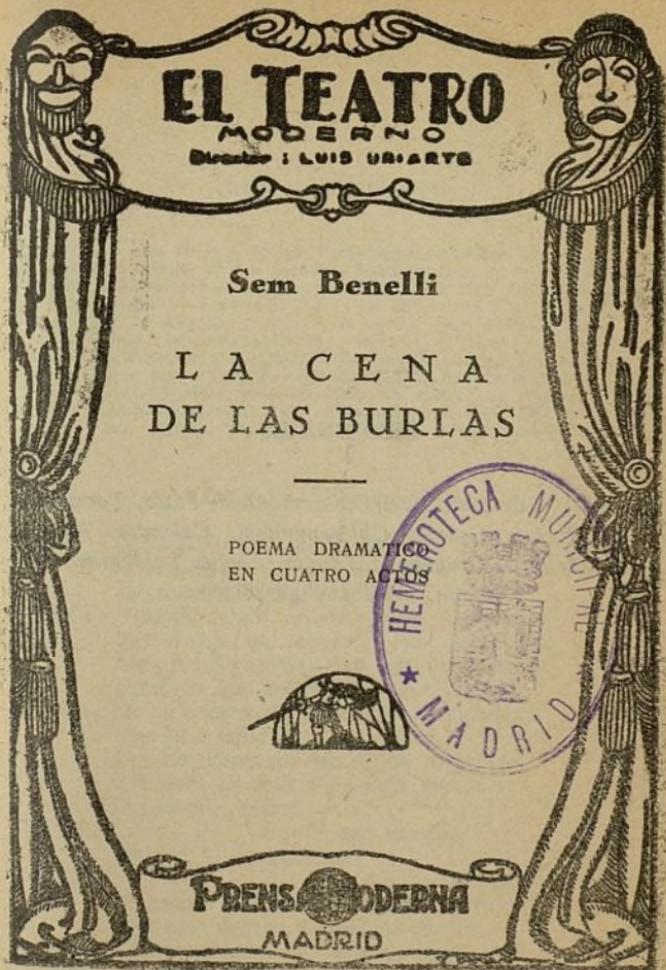
Ayuntamiento de Madrid

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Ayuntamiento de Madrid



AÑO



EL TEATRO MODERNO

Director: I. LUIS URIARTE

Sem Benelli

LA CENA DE LAS BURLAS

POEMA DRAMÁTICO
EN CUATRO ACTOS



PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII

19 - XII - 1931

NÚM. 326

Ayuntamiento de Madrid

PERSONAJES

Giannetto Malespini, Neri Chiaramontesi, Fazio, Tornaquinci, el Doctor, Gabriel Chiaramontesi, Calandra, Nenzio, Lapo, Estafero, Ginevra, Lisabetta, Cintia, Laldomina, Fiametta, criados y guardianes.

Comed
en Flo
bitació
la ver
Miniat
rior d
pared
extiend
luces.
la mes

TORN

CALA

TORN

CALA

TORN

CALA

ACTO PRIMERO

Comedor en casa de una de los Tornaquinci, caballero Espuela de Oro, en Florencia. Armas en las paredes. Banderas en un ángulo de la habitación. A la derecha, chimenea esculpida. A la izquierda se divisa por la ventana abierta los huertos, las casas, las torres y el monte de San Miniato. Por la derecha, puertas a la cocina. Por la izquierda, al interior de la casa. Adornos sencillos y elegantes. Pinturas al fresco en las paredes. Ha avanzado el crepúsculo. El rosado ambiente del anochecer se extiende sobre las colinas y sobre la ciudad. Los servidores aperciben luces. Al final del acto, noche de luna. En mayo. Los criados preparan la mesa y acercan las sillas bajo la inspección de Calandra, el mayordomo. Nenzio, áspero y glotón, ríe socarronamente.

Calandra y Tornaquinci.

(Entra Tornaquinci. Trae un libro abierto como interrumpe la lectura. Se sienta en un sillón, esquivando el bullicio.)

TORNA. Ningún detalle se os olvide. Quiero que nunca se recuerde más lujosa cena en Florencia. Son mis invitados hombres que saben disfrutar la vida.

CALAN. Sé quiénes son. ¡Eternos convidados! Quedará satisfecho su apetito. Les he comprado un ánade exquisito, que será la delicia de esta noche. Un tesoro, señor.

TORNA. Y ese tesoro, ¿dónde lo descubriste?

CALAN. Lo he adquirido de manos de una niña encantadora, toda ojos negros y cabellos de oro. ¡Ya me hubierais, señor, agradecido que trajera también la vendedora!

TORNA. ¿Quién piensa ahora en mujeres?

CALAN. ¡Evidente!

- TORNA. No hacen falta. Su cháchara maldita
yo no la aguardo...
- CALAN. Colectivamente...
Pero siendo una sola, ¡y tan bonita!
(Pausa. A Nenzio.)
¡Eh! Tú, Nenzio. Custodia a esos granujas.
Tan cerca de los pollos me dan miedo.
- NENZ. ¿Miedo? ¿De qué?
- CALAN. Yo les conozco a fondo,
y sé lo que me digo.
- NENZ. ¡No sería
un delito tan grave!
- CALAN. ¡Han de quedaros
golosinas y víveres de sobra!...
¡Cuidado especialmente con el vino!
¿Habrás que tener seca la garganta?
- NENZ. No me parece que la tengas seca.
- CALAN. Al contrario, sospecho que bebiste
en demasía... ¡Y a guardar silencio,
o yo te haré callar a cintarazos!
- TORNA. ¿Qué sucede? (Suspendiendo la lectura)
- CALAN. Señor. Es la canalla,
que nunca se conduce como debe.
¡Pronto! ¡Ya estás en marcha! (Mutis Nenzio.)
No te exaltes,
- TORNA. Calandra; has de tener filosofía.
- CALAN. Como consejo, bien está el consejo.
Pero después, si hay falta, es culpa mía.
- TORNA. No; yo sé tu lealtad, mi pobre viejo.
- CALAN. Vienen, señor.
- TORNA. Daos prisa y salid pronto.
- CALAN. Es el señor Giannetto Malespini.
- TORNA. Que entre.

Dichos. Giannetto, con Fazio.

- GIAN. (Se cubre con una capa roja y trae puesto el
capuchón.) Os saludo, y como véis, aun vivo.
- TORNA. En verdad, caballero, que os recibo
con placer singular, pues ya temía

que a veros otra vez no volvería
cuando me dió el Magnífico la buena
nueva de que en mi casa debería
en honor vuestro disponer la cena.

GIAN. ¿En honor mío?

TORNA. Y de otros camaradas.

GIAN. Y para festejar las puñaladas.

Es cierto. Aun tengo el cuerpo atravesado ;
y no os digo en qué parte por vergüenza.
¡Dieron en blando, y menos mal ! ¡Qué importa !
¡Burlas son burlas, y la vida es corta !
No contengáis la risa, yo os lo ruego.
¡Aun ha de ser mayor la risa luego !

TORNA. Los que vengan serán vuestros amigos.

Como a tales la cena he preparado.

GIAN. *(Se despoja del manto y entrégalo a un criado,
que lo pone sobre el arca.)*

Una cena de amigos : bien pensado ;
aunque entre ellos estén los enemigos.

TORNA. ¿Quiénes?

GIAN. Los mismos que la burla hicieron.

TORNA. Neri y Gabriel, ¿no es cierto? ¿Los hermanos
Chiaramontesi?

GIAN. Mis verdugos fueron.

Mas lo manda el Magnífico, y es justo
obedecer ; yo estrecharé sus manos.

TORNA. ¿Y haréis las paces?

GIAN. De Lorenzo es gusto.

Yo sé que tiene Médicis motivos
para agradarle el desollarlos vivos ;
mas, ya que lo ordenó de otra manera,
¿cómo a su voluntad me resistiera?
Yo sé de todo lo que son capaces...

TORNA. ¿Y haréis las paces?

GIAN. Sí. Y haré las paces.

TORNA. ¿Después que os sumergieron en el río
encerrado en un saco?

GIAN. Justamente.

¡Todavía del Arno siento el frío,
y me veo ridículo y doliente !

TORNA. ¿Y aun os dieron después de puñaladas?

GIAN. Todavía no están cicatrizadas.

(Tornaquinci muéstrase asombrado del raro carácter de Giannetto. Agitado, se dirige a los servidores, que se han puesto a escuchar. Uno de los criados lleva una linterna.)

TORNA. ¿Quedó ya todo listo?

(Los criados, atentos, se inclinan y se van.)

GIAN.

¿Qué teméis?

(Tornaquinci mira receloso a Fazio. Presentándole.)

Es Fazio, el más leal a mi persona. Podéis hablar cual si mi hermano fuera.

TORNA. Yo creo que el magnífico Lorenzo de Médicis, un hombre tan completo y maestro de vida y de elegancia...

GIAN. (Quitándole la palabra de la boca.)

... es esta vez un hombre completísimo, de vida y de elegancia maestrísimo.

TORNA. ¿No bastó que os calaran en el Arno ni que un puñal el cuerpo os desgarrara para enseñaros a tomar la vida alguna vez en serio? ¿Qué hombre sois?

GIAN.

(Variando de tono.)

Cúmplase vuestro antojo, caballero. Hablemos seriamente y con reposo; mas que será la última vez espero. Me tomáis por alegre, y soy brumoso. Me suponéis liviano, bullicioso, y acaso soy feroz...

TORNA.

No. De haber sido

feroz...

GIAN.

Seguid... ¿No hubiera consentido ser remojado y luego acuchillado?

¡Sí; soy cobarde!... Pero el alma mía del ajeno valor se ha contagiado, inundándose en bárbara alegría.

Neri y Gabriel, los dos hermanos viles, en otro tiempo, cuando Dios quería, compartieron mis juegos infantiles.

Su alegre fuerza de leones era mi asombro, y estos ojos les miraban con respetuosa admiración sincera, que su crueldad jamás agradecía.

Cuando sus zarpas en mi piel clavaban,

yo, retorcido de dolor, gemía.
«Sé valiente», otros niños me gritaban.
«Hazte hombre! ¡Sé enérgico, sé fiero!»
¡Y ellos mismos a serlo me incitaban!
Pero apenas erguíame altanero,
de nuevo en tierra con desdén me echaban.
¡Ah, qué infame tormento, caballero!
¡De mis propios temores temeroso,
sin valor, sin amor! Naturaleza
quiso hacerme pacífico, y la vida
me dió dolor, y con dolor, fiereza.
Mas para mi defensa sólo tengo
un arma, que es mi astucia, apercibida,
y ahora con ella a defenderme vengo.
Mi mente ha sido en el dolor templada
y ha de brillar como fulgor de espada.
Por esto juego, y burlo, y me chanceo,
y amo al peligro; y cuando en él me veo
sufro y gozo a la vez, porque mi mente
su ingenio aguza poderosamente.
¡Ah! Yo quisiera que esos dos hermanos
aun fueran más feroces, más bravíos,
más duros, más crueles, más tiranos,
para vencerles con mayores bríos.
De Neri conocéis la impertinencia:
sus fieras burlas y su brazo alevé
nada respeta y nadie se le atreve;
son el terror constante de Florencia.
Sólo su hermano en él tiene influencia.
Juntos los dos, en mí se encarnizaron,
y a sus golpes y burlas intentaron
esclavizar mi voluntad sumisa.
¡Ah! ¡Pero hay algo que jamás lograron
a su capricho someter: mi risa!
Es en vano su fuerza y poderío;
yo de su fuerza y su poder me río...
¡Reír, siempre reír! El alma mía
antes un fondo de bondad tenía,
y era el amor. ¡También me lo arrancaron!
Descubrió Neri mi secreto un día,
y allí mis esperanzas naufragaron.
Se apoderó de la que yo quería,

y su violencia e impudor rindieron lo que mi ensueño sobre el sol ponía. La mujer a quien nunca se atrevieron mis pobres labios a rezar su encanto, objeto de placer mis ojos vieron bajo el poder del que aborrezco tanto. Con engaño llamáronme a la casa de la mujer que amé—; triste amor mío!—, y allí gozaron mi dolor sin tasa; de allí me echaron en el Arno frío y me hirieron después... ¡Bah! ¡Todo pasa! ¡Hoy de su fuerza y su poder me río!

TORNA.
GIAN.

¿Reís?
Sí. ¡Ha muerto la mujer aquella para mí, y en su altar he levantado otra amante más lúcida, más bella, mi único ensueño, toda mi esperanza! ¿Queréis saber su nombre? La venganza. Yo sabré darle vida tan hermosa como mi amor la disfrutó soñando, con dulces labios de color de rosa, con ojos vivos, con acento blando, con su carne de nieve perfumada.

Y así dirá mi alegre enamorada:
«En mi placer hay todos los placeres;
en mi amor aman todas las mujeres.
¡Ríe si quieres que de ti me fie!
¡Ríe si aspiras a gozar mi encanto!
¡Ríe; mi risa no conoce el llanto!
¡Ríe si quieres conseguirme; ríe!»

TORNA.

Yo os suponía resignado, y veo que es la venganza vuestro gran deseo. ¡Cuántos caminos a los hombres llevan a la crueldad! ¿No elegiréis mi casa para matarles?

GIAN.

No. Quiere el Magnífico que haya paz, y la habrá. De esta paz misma mi venganza saldrá. Sea hoy la cena de Carnaval: yo el Carnaval adoro, que es un eterno Carnaval mi vida. Hoy habrá paz. Después—Fazio lo sabe— la libertad me confirió el Magnífico

LA CEN

FAZIO

CALA

TORN

GIAN.

TORN

GIAN.

FAZIO

GIAN.

TORN

Dichos
trega a
ruda b
te tam
Viene
con el

NERI

GABR

NERI

de que proceda como más me plazca.
Por esta noche, reine el disimulo.
Más adelante—Fazio, no lo olvides—
has jurado ayudarme.

FAZIO El juramento
renuevo. A vuestro padre debió el mío
tales mercedes que, si el diablo fuerais,
yo vuestra santidad proclamaría.

CALAN. (*Llegándose a la puerta.*)
Señor, más invitados.

TORNA. Que entren.
(*Por la derecha aparecen otros servidores. Fazio
entra rápidamente por la izquierda.*)

GIAN. ¡Tiemblo!

TORNA. Pero ¿por qué no me decís...?

GIAN. Dejadme

con mi secreto.

FAZIO (*Entrando, a Giannetto.*) Traen a la señora
Ginevra.

GIAN. Lo celebro.

TORNA. Entrad, señores.

Dichos. Entra *Neri*, cubierto con una capa verde, que entrega a un criado, el cual la deja con la de *Giannetto*. Es de ruda belleza. Síguele *Gabriel*, conduciendo a *Ginevra*. Fuerte también, es más fino de modales y de aspecto que *Neri*. Viene sin capa. *Ginevra* es hermosa, suave, lánguida. Llega con ellos un criado, *Lapo*, que asistirá inmóvil a la cena.

NERI (*Estrechando la mano a Tornaquinci.*)

Caballero: os saludo y agradezco
vuestra cortés invitación.

(*Tornaquinci saluda a Neri.*) Hermano,
mira quién está aquí. Nuestro despojo.
¡Aun vive! Para darlas de hombre sano,
¡cómo se ha acicalado y se ha pulido!
Dios te guarde, muchacho. Bien venido.
(*Viendo a Giannetto junto a Fazio.*)

GABR. ¿Pulido dices? ¡Aun está en remojo!

¡No le ves que chorrea! ¡Si aun tiritá!

NERI Es que tiembla de miedo. Te he traído,

- para alegrarte, una mujer bonita.
 ¿No es ésa la que habías elegido?
 Acércate ; no temas. Dale un beso
 en la mano, y confórmate con eso.
(Giannetto se acerca lentamente a Ginevra.)
- GINEV. ¿Qué ridículo está ! *(Riendo.)*
 NERI ¿Cómo? ¡ Al contrario !
 ¡ Tan galán, y lo encuentra estrafalario !
 ¡ Con qué maravillosa gentileza
 ha hecho un gesto en honor de la belleza !
*(Las palabras de Neri acompañan a Giannetto en
 el acto de besarle la mano a Ginevra.)*
- GIAN. Su escarnio fué porque anhelé, señora,
 dejar mi vida a vuestros pies rendida.
 Cuando a la vida resucito ahora
 vuelvo a poner a vuestros pies mi vida.
 NERI *(Riendo fuerte.)*
 Habla entre dientes ; pero está muy fino.
- TORNA. Vamos, eñores. A sellar las paces.
 NERI *(A Giannetto, con altanería.)*
 ¡ Ah ! ¿ Quieres paz? Pues a la paz me inclino.
 ¡ Venga la paz, si así te satisfaces !
 Y cuando guerra quieras, habrá guerra ;
 que yo no temo a nadie de la tierra
 y soy audaz entre los más audaces,
 y aun al propio Magnífico osaría...
(A Tornaquinci, que ha hecho un gesto de enojo.)
 Con permiso de vuestra señoría.
 Burlándome de siervos y tiranos,
 pongo sátira en todas mis acciones ;
 si no basta la sátira, las manos ;
 si no llegan las manos, los bastones.
- GIAN. Y yo, como no puedo devorarte,
 pido paz.
- GINEV. ¡ Neri, paz !
 NERI *(A Ginevra.)* No has de quejarte.
 ¡ Un abrazo ! *(A Giannetto.)*
- GIAN. Mi mano. *(Tendiéndole la mano.)*
 NERI Esta es la mía.
 GABR. Y a mí abrázame.
 GIAN. A ti te abrazaría.
 GABR. ¿ Por qué a mí sí ?

GIAN. Porque aunque sé que tú eres duro como él y atormentarme quieres, y sois dos monstruos de crueldades llenos, y yo, en verdad, no te aborrezco menos, sé que en el fondo tú eres desgraciado, sufres y lloras como sufro y lloro...

GABR. *(Que estrechaba la mano de Ginebra, con quien había ya hablado en voz baja.)*

¿Por qué?

GIAN. *(Señalando a Ginebra.)*

¡Porque sus ojos te han mirado!

¡Porque la adoras como yo la adoro!

GINEV. ¡Caballero, mentís!

GABR. *(Trémulo de ira.)* ¡Cómo! ¡Has osado!

GIAN. *(Temblando, pero atreviéndose.)*

¡Sí; como yo! *(Señalando a Neri.)*

¡Por miedo lo has callado!

NERI *(Feroz y como para sus adentros.)*

¿No merece más palos que un jumento?

(Directamente a Giannetto.)

¿Qué te importa a ti de él?

TORNA.

Vamos, señores.

Dad tregua a las rencillas un momento.

Pronto, servid. *(A los servidores.)*

NERI *(Sobreponiéndose. A Gabriel.)*

Despréciale. Ya sabes

que es medio idiota... Pero, en fin, ¿qué tienes?

¿Por qué estás pensativo?

GABR.

Es que no puedo

seguir aquí... Ya en casa te lo dije.

(Giannetto, aparte, oprime con fuerza el brazo de Fazio.)

NERI Pero ¿por qué?

GABR.

No ignoras que esta noche debo marchar a Pisa; que el Magnífico me lo ha ordenado...

NERI

¿Y vas a obedecerle?

Nos infaman de Médicis las órdenes.

¡Somos pisanos!

GABR.

Sin embargo, quiero

obedecer.

NERI

Gabriel, te ruego olvides

- las palabras de este hombre ; y que si acaso
fué verdad, y si tú la deseaste,
vuelvas curado. Ella es toda mi vida ;
si no, me apresurara a abandonártela.
(*Ginevra, sentada en un sillón, rie.*)
¿De qué te ríes? Piensa en tus asuntos,
en sedas, y en tocados, y en alhajas,
que para eso naciste solamente :
para sedas, joyas y tocados.
- GINEV. (*Casi cantando.*) Nací para tener encadenados
a mis pies dos leones, mientras sabe
gentil mancebo mi cabello suave
(*Mirando a Giannetto.*)
acariciar con dedos perfumados.
- NERI No desmientes tu estirpe ; mas te juro
que yo habré de enseñarte a ser juiciosa.
- GABR. ¿Qué más vas a pedirle? ¿No es hermosa?
NERI Hermano. Sí ; en verdad, te lo aseguro :
es mejor que te vayas.
- GABR. Te lo dije.
- GINEV. (*Canturreando.*) Nací para tener encadenados
a mis pies dos leones...
- GABR. (*A Tornaquinci.*) Caballero,
mi hermano y yo quedamos obligados
a vuestra invitación amable... ; pero...
me es forzoso partir... Debo ir a Pisa.
Lo ha ordenado el Magnífico.
- TORNA. Ese nombre
es a mis ojos la razón suprema...
Pues es preciso, me resigno y hago
votos por vuestra dicha. (*Se saludan.*)
(Gabriel, oye.)
- NERI Leo en tus ojos el rencor, y sufro...
Ven, quédate ; yo siempre te he querido
sobre todas las cosas de la tierra.)
- GABR. (No, Neri, no ; mejor es que me ausente,
y cuando torne volveré curado.)
(*Se abrazan. Gabriel mira a Giannetto, pero no
le saluda ; le hace un gesto de desprecio. Al pasar
delante de Ginevra ésta le da una flor. El la coge
en silencio y sale.*)
- TORNA. Y ahora, si me dáis venia, caballero,

a recordaros volveré la causa que os trajo a honrar mi mesa. Si a un anciano le permitís que os aconseje...

NERI

Cierto.

(Volviendo el pensamiento a su hermano y mirando a Ginevra.)

¡Ven acá tú, perversa! ¡Eres tú misma quien le incita y le busca lisonjera!

GINEV.

¿Yo? ¡Nunca! ¡Yo ni le miré siquiera!

GIAN.

¡Oh la mujer! Misterio eterno. Cuando parece que no mira está mirando;

y al no vernos sus ojos frente a frente nos están viendo más profundamente.

NERI

(Recobrando su aspecto de alegría.)

Tiene razón este animal. Ha dicho lo que diría un ser inteligente.

Vuelve a la risa y triunfe tu capricho, y amor de su poder te dió el secreto...

Eres hermosa, inmensamente hermosa, Giannetto, ¿ves? Toda ella es nieve y rosa

(La besa en la frente.)

y es oro y luz. ¡Por el amor, Giannetto!

TORNA.

¡Acabaréis! *(A Calandra.)*

CALAN.

La mesa está dispuesta.

NERI

No puede darse más feliz respuesta.

TORNA.

¡Sea cena de paz y de alegría!

GIAN.

¡Por mí, sí!

NERI

¡Esta es mi mano!

GIAN.

¡Esta es la mía!

(Se estrechan las manos. El Tornaquinci les indica los puestos respectivos. Neri en la cabecera derecha, Giannetto en la izquierda. El Tornaquinci, junto con Giannetto y frente al público. Ginevra, entre el anfitrión y Neri. Fazio, de espalda a los espectadores.)

NERI

¡Oh, qué admirables trufas! ¡Qué divino

manjar! Yo soy gastrónomo excelente; y, si se trata de regar con vino

las trufas, no hay conmigo quien compita;

Vuestra cena preséntase exquisita,

y es vuestro vino incomparablemente delicioso...

- TORNA. Esperaba haber tenido
más comensales, pero somos pocos...
- NERI No os preocupéis de los que faltan; juro
que he de comer y de beber por ellos.
- GINEV. (A Neri.) Si al Bardinello hubieras invitado,
que tan bellas historias de amor sabe,
con ellas nos habría regalado.
- NERI ¡Quimeras que te hubieran trastornado
el juicio! Para historias complicadas
baste la tuya.
- GIAN. ¡Oh, Neri! ¡Qué engañosa
ilusión si aspiraste a poner freno
en lo que sueña una mujer hermosa!
¿Quién se atreve a medir su fantasía?
Es que yo no la mido; la encadenó.
¡Ilusión! ¡Como si alguien pretendiera
encadenar las nubes! Sí. Es el alma
de la mujer como rosada nube
primaveral que ciérnese ligera
sobre los campos y en el aire sube
meciéndose y girando en blanda calma,
y gozosa de ver a todas horas
que en la altura otras nubes voladoras
se miran, se sonríen, se embelesan,
se rondan y se cruzan y se besan,
mezclan sus tonos, cambian sus colores
y al cielo elevan su canción de amores.
El cielo es el marido o el amante:
y como él frunza el ceño un solo instante,
la red de nubes que tu vista alegre,
risa de nácar, de oro y de amaranto,
verás hincharse tormentosa y negra,
y sobre el mundo desatar su llanto.
- GINEV. Verdad, verdad. (Soñadora.)
- GIAN. Y es que aman las hermosas
viendo el amor; para robar las flores
de sus amores hacen falta amores;
rosas robadas, siguen siendo rosas.
- GINEV. (Con calor.) ¡Verdad!
- GIAN. Y así, cuando os juzgaba mía,
otro os robó con dulce engaño un día.
- NERI Pero hoy, en cambio, quien me roba es ella.

- GINEV. ¿Yo?
 NERI Tus caprichos. Es igual.
 GINEV. Pues déjame.
 NERI ¡Oh! ¡Si pudiera! ¡Pero no es posible!
 Te quiero demasiado; bien lo sabes.
 ¡Más vino! Tengo seca la garganta.
 GINEV. ¿Y me juzgábais vuestra? ¿Por qué?
 NERI Explicanos
 cómo soñar pudiste que lo fuera.
 TORNA. Hablad: será una historia deliciosa.
 GINEV. ¿Por qué? ¡Decidlo!
 GIAN. ¿Conque sois curiosa?
 GINEV. ¿Curiosa? No. Pero saber quisiera...
 NERI (*A Giannetto, acariciando a Ginevra.*)
 ¿Está hermosa, verdad?
 GIAN. ¡Siempre es hermosa
 una mujer que un madrigal espera!
 NERI ¿Sabes lo que te digo? Me pareces
 uno de esos moscones zumbadores
 que andan girando en torno de las flores,
 sin posarse a gozar sus embriagueces,
 porque allí está la abeja y no las deja.
 La miel es mía porque soy la abeja.
 GINEV. ¡Pero si tú le ofendes!...
 NERI Yo me entiendo;
 no se ofende por nada; está tranquila.
 GIAN. Neri tiene razón; nunca me ofendo.
 GINEV. Decid entonces. Me juzgábais vuestra.
 GIAN. Yo no me ofendo... Y, sin embargo, ahora
 hablar no puedo... Perdonad, señora...
 (*Al Tornaquinci.*)
 Con vuestra venia, me retiro.
 NERI ¿Cómo?
 ¿Es un agravio que inferirme quieres?
 Has de quedarte, porque yo lo ordeno.
 Siéntate, y te repito lo que dije:
 Esos arranques de desdén son malos
 caminos para mí... Conque ahora elige:
 o divertirnos o molerte a palos.
 TORNA. Mas yo no puedo consentir...
 NERI No hablaba
 ahora con vos.

- GIAN. Me habló de esa manera porque es más fuerte y sabe que no puedo luchar con él.
- NERI ¡Lo haría con cualquiera!
De nada ni de nadie tengo miedo, y bien lo sabes tú que me conoces; pues si en vez de ser tú, Médicis fuera, lo mismo hiciera. ¡Y lo proclamo a voces!
(*Exaltándose.*)
- TORNA. ¡A nadie, en mi presencia, caballero, hablar así de Médicis tolero!
- NERI A vos debo respeto solamente en vuestra casa...
- GIAN. (*Burlón.*) A mí también espero... pues te lo pido... respetuosamente.
- NERI ¡Vino, muchachos! (*Bebe.*)
Por mi nombre os juro que un día, en cualquier fiesta donde acudan jóvenes florentinos, de improviso y en son de guerra me presento! ¡Entonces veréis quién soy y cómo tiemblan todos!
- GIAN. ¿No oís? (*Cómicamente.*)
- GINEV. ¿Qué ha sido?
- GIAN. No..., nada..., es el techo que al oír tal baladronada cruje.
- NERI ¿Baladronada?... ¡Demasiado sabes que soy temido!
- GIAN. A mí también me temen, y convendrá que no lo olvidéis. Tengo un arma, que es la astucia...
- NERI ¡Bah!..., la astucia...
Yo me sostengo sobre pies de bronce y tú eres blando como pluma suave.
- GIAN. ¡Quisiera verte en la ocasión!...
¡Lo mismo digo de ti!
- NERI ¡Quisiera verte ahora en casa de la hermosa Peregrina, entre sus valentones y cortejos, vestido como estás, mas con el rostro de negro embadurnado!... ¡Dos florines me juego a que no intentas la proeza!

- GIAN. Sin duda. Mis costillas son prudentes.
 ¡Yo, igualmente, quisiera tu fiereza
 ver en tal trance!
- NERI Ello es empresa propia
 de gente débil como tú; por esto
 te la propuse...
- GIAN. Y a mi vez yo apuesto
 dos florines también a que, no obstante
 esos alardes de valor gigante,
 no eres capaz de entrar en la taberna
 del Cecherino, donde están reunidos
 los jóvenes que dices que te temen,
 los más valientes de Florencia, todos.
 ¡Y no hará falta que a luchar les brindes!
 Sólo con que te vistas la armadura
 ha de bastar que te presentes para
 que te deslomen.
- NERI Todos morirían
 de miedo como yo me presentara,
 incluso el propio Médicis, si entre ellos
 estuviera...
- TORNA. (*A quien Giannetto ha hecho un guiño.*)
 ¡Quisiera verlo!
- GIAN. ¡Nadie
 osara tal!
- NERI (*Enardecido.*)
 Van dos florines de oro.
- GIAN. (*Entregándolos a Tornaquinci.*)
 Aquí están. Vos seréis depositario.
 ¿Tenéis una armadura?
- NERI Muchas tengo.
- TORNA. (*A Ginevra.*) Pues tú espérame en casa.
 (*A Lapo.*) Y tú acompaña.
- GINEV. ¡Qué triste interrupción de un bello diálogo!
 NERI Es hora ya que esos bigardos sepan
 quien soy... ¡Tú, a casa! ¡Pronto!
- TORNA. Pero
 tan bruscamente haréis que se despida?
- GINEV. No haber venido prefiriera...
- NERI ¡A casa!
 Te traje a que él te viera, y ya te ha visto.
 En marcha, pues.

- GINEV. Ya voy.
NERI Pronto.
GINEV. ¡Ay, los hombres
no escogen nunca la ocasión propicia.
¡Fuera tan dulce, al terminar la cena,
un platicar sabroso y lentamente
volver al nido del amor, cantando
a la luz de la luna!...
- NERI Pronto. A casa.
GINEV. (*A Lapo.*)
Vamos, pues. Siempre el vino fué enemigo
del amor. (*Salen Ginevra y Lapo.*)
GIAN. (*Bajo a Fazio.*) Fazio, está dispuesto.
NERI ¡Venga
la armadura!
TORNA. (*A los criados.*)
Traedle la armadura
que el Magnífico usó la última noche
que estuvo aquí.
- NERI Pues la vistió el Magnífico,
he de sentirme doblemente a gusto.
¡Tendré la sensación de haber entrado
en la piel de los Médicis!
(*El Tornaquinci hace ademán de lanzarse sobre
él, pero Giannetto le contiene.*)
GIAN. (*Los criados traen la armadura.*)
¡Prudencia!
NERI (*Examinando la armadura.*)
¡Bella en verdad! Y digna de este caso.
GIAN. ¿Te estará estrecha?
NERI Un poco estrecha acaso.
Soy más fuerte que el amo de Florencia.
(*Empieza a armarse.*)
- TORNA. Por el contrario, parecéis iguales.
NERI No lo dudéis. Más fuerte que el Magnífico.
TORNA. Tal vez más fuerte, pero menos sabio.
NERI (*A Giannetto.*)
Ni aspiro a serlo; con la fuerza basta.
Pensaste bien: tus dos florines de oro
no cambiaría por ningún tesoro.
GIAN. (*Excitándole.*)
¡Al fin no irás! ¡Y es natural el miedo!

Nadie puede atreverse a tal...

Yo puedo.

NERI

Fazio : acércale el yelmo.

GIAN.

Venga vino. *(Los criados sirven de beber.)*

NERI

¿No te arrepentirás en el camino?

GIAN.

Esta vez ni tu hermano te acompaña.

NERI

Siento su ausencia ; mas sabrá mi hazaña.

Bebo por el tirano que gobierna *(Ebrio.)*

esta ciudad de afeminados viles,

de comerciante en robar sutiles,

de santos solamente en la agonía...

GIAN.

Que Dios te dé, si vas a la taberna.

NERI

¡ Bebo porque Florencia no soporte

más tiempo las audacias y desmanes

de Lorenzo el Magnífico y su corte

de borrachos, ladrones y rufianes !

Brinda conmigo.

GIAN.

Brindo.

NERI

Trae la espada.

Son vuestras armas de una gran belleza.

Esta espada parece preparada

para segar de un golpe la cabeza

de todo un pueblo que al morir se inclina.

TORNA.

¡ Como triunféis, os la regalo en pago !

NERI

¡ Abrid ! ¡ Abrid ! La lucha se avecina.

(Neri hace mutis dando voces, en completo estado de embriaguez.)

¡ Paso a la muerte ! ¡ Paso a la ruina !

¡ Paso a la destrucción ! ¡ Paso al estrago !

GIAN.

(A Tornaquinci.)

Ahora, alejad a los criados. ¡ Pronto !

TORNA.

(A los criados.) Dejadnos solos.

(Salen los criados. Quedan Tornaquinci, Calandra, Fazio y Giannetto.)

GIAN.

Y tú, Fazio, toma

su capa verde y llévala al instante

a mi casa, y después, rápidamente,

entra en la sala de armas de Grecheto

y la noticia en la ciudad divulga

de que Neri está loco y matar quiso

a sus padres, y luego echó los muebles

por la ventana, y a esta casa vino,

prorrumpiendo en denuestos y blasfemias,
y saliendo a dar muerte a Ceccherino
y a cuantos florentinos halle al paso.

Yo voy también a la taberna, y antes
que él llegue todos le tendrán por loco.

(Sale Fazio. Al Tornaquinci.)

Y vos, señor, a Médicis decidle
que sólo en holocausto a su nobleza
sufrí tantos agravios y dolores ;
mas hora es ya que sientan sus rigores
aquellos que ultrajaron su grandeza.

¿No quieren burlas? ¡¡Las habrá!!...
Señores, abrid la risa, que la burla empieza !

TELÓN

Antec
del h
graves
y obje
ornada
vuelve
la pu

CINT

LAP

CINT

ACTO SEGUNDO

Antecámara de Ginevra. En la sala de la mujer se refleja el señorío del hombre. En el ambiente se respira voluptuosidad. Los muebles son graves, blandamente amplios; las sillas, cómodas; en las paredes, armas y objetos preciosos. En el foro, una ventanilla elegante bastante alta, ornada de un fresco que representa un jardín de amor y se desenvuelve por los muros laterales. A la derecha, una salida que conduce a la puerta principal. A la izquierda, primero, la entrada de la alcoba, y después, una puertecilla secreta. Empieza a amanecer.

Cintia y Lapo.

(Entra Cintia por la derecha, seguida de Lapo, que permanece en pie cerca del foro, mientras ella llama a la puerta del aposento de Ginevra.)

CINTIA ¡Abrid, señora! ¡Pronto! ¡Abrid, señora!

¡Mirad que os traigo una noticia grave!

(Breve pausa. A Lapo.)

Ya se levanta... ¿Pero estás seguro?

LAPO Florencia entera la noticia sabe.

Cuando entró en la taberna por asalto,

y con la espada levantada en alto,

tajos soltaba en todas direcciones,

sembró el terror; mas luego con presteza,

la fiereza oponiendo a la fiereza,

al león resistieron los leones.

¡Loco, sí! ¡Loco, Cintia!... Al fin lograron

apoderarse de él, le maniataron,

en la cueva le hicieron prisionero,

y sigue allí. Su estado es lastimero.

CINTIA ¡Dios nos proteja!

Dichos y Ginevra.

- GINEV. (*Asomándose a la puerta, bella y desceñida.*)
¿Qué sucede? ¡Ese hombre!
(*Se esconde ruborosa.*)
- CINTIA Márchate. Mi señora es pudorosa.
(*Sale Lapo y al punto reaparece Ginevra.*)
¡Señora, una desgracia pavorosa!
El amo perdió el juicio. Ha penetrado
del Ceccherino en la taberna, armado,
amenazando a todos con la muerte,
rugiendo y blasfemando de tal suerte,
que fué preciso atarle, y en la cueva
le tienen encerrado...
- GINEV. ¿Quién te dijo?...
- CINTIA En Florencia no se habla de otra cosa.
- GINEV. No desatines.
- CINTIA Lo que digo es cierto.
- GINEV. ¡Imposible!
- CINTIA ¿Por qué?
- GINEV. Porque ahí le tienes.
(*Señalando a la habitación.*)
- CINTIA ¡Habéis estado con un loco!
- GINEV. (*Maliciosamente.*) ¿Loco?
(*Dirigiéndose a la habitación.*)
En prueba de que no, vuelvo a su lado.
(*Cuando ya está en el umbral de la puerta, retrocede maravillada. Aparece Giannetto sin acabar de vestir, en mangas de camisa.*)

Cintia, Ginevra y Giannetto.

- GIAN. ¡Señora!
- GINEV. ¿Cómo habéis entrado?
- GIAN. ¡He entrado!
- GINEV. ¡Pero erais vos!... ¡No puede ser! ¡No quiero!
- GIAN. Basta olvidarlo y ya no ha sucedido.
¿Dónde hallaréis castigo más severo
a mi culpa de amor que vuestro olvido?
- GINEV. ¡Salid, salid!
- GIAN. Que me escuchéis espero.

Sólo un instante de atención os pido.
Por tanto, haced que esta mujer se ausente
o volvamos adentro nuevamente.

GINEV. ¡No. Eso no! (*Transición.*)
Cintia, cerca águarda.
(*Cintia sale corriendo.*)

GIAN. Ahora
os debo explicación, si no he logrado
que mi amor comprendierais...

GINEV. ¡Demasiado
lo he comprendido!

GIAN. Siendo así, señora,
sobra insistir y todo está explicado.
¿Qué más queréis saber?

GINEV. De qué manera
entrar en esta casa habéis podido.
Os expusisteis a que Neri os viera.
No se os oculta su furor extremo.
¡Neri es temible!

GIAN. ¡No; ya no le temo!

GINEV. ¿No le teméis?

GIAN. La luz se ha oscurecido
en su razón...

GINEV. ¡Probádmelo!

GIAN. A fe mía,
de no estar loco o muerto, aquí estaría.
Es la mañana, la risueña hora
de despertar los pájaros traviosos.
Es la mañana, la hora seductora
de recoger las frutas y los besos...

GINEV. Ved que no es ocasión de madrigales.

GIAN. (*Aludiendo a la ligereza del traje.*)
Mi dicha ocultan ya leves cendales...
¡Quiero esperar!

GINEV. Esperaréis en vano.

GIAN. Yo de este inútil esperar me ufano.
Vuestras pupilas enojadas veo,
y así el recuerdo en vuestros ojos leo
de mi delito ¡para mí bendito
que en mí pensáis, pensando en mi delito!

GINEV. Habláis con tanta audacia cual si fuera
yo vuestra amante.

- GIAN. ¡En Neri se ha extinguido
la inteligencia, ya os lo he dicho!
- GINEV. ¡Era
verdad!
- GIAN. ¿Os alegráis?
- GINEV. ¿No habréis creído
que no le amé?
- GIAN. Perdón si me equivooco.
Aún vive. ¡Amadle, pues!
- GINEV. ¡Amar a un loco!...
Mas, ¿cómo ha sucedido?...
- GIAN. Ha sucedido...
¿Anoche no observasteis en la cena
su exaltación?
- GINEV. Bebía con exceso.
- GIAN. No; ya no estaba su razón serena;
aquel furor era el primer acceso.
Cuando le vi ponerse la armadura
y que salió de aquella catadura,
tan borrascosa y tumultuariamente,
para mí fué indudable su locura.
- GINEV. Y en la taberna ¿estabais vos presente?
- GIAN. Sí; yo lo vi. Cuando llegó furioso,
armado de los pies a la cabeza,
interrumpió la fiesta y la alegría.
Era a la vez ridículo y grandioso:
a un titán y a un bufón se parecía.
Airado, en alto su espadón blandía,
y gritaba con voz atronadora:
—¡Traidores! ¡Todos momriréis ahora!
- GINEV. Era la burla convenida.
- GIAN. Era
la locura, decid. ¡Horrible instante
de espanto, de desorden, de sorpresa!
Quién se escondió debajo de una mesa,
quién se parapetó detrás de un banco,
quién dió a correr, dejando el paso franco;
uno gritaba; el otro maldecía;
confundiase en medio del tumulto
el golpe, y el gemido, y el insulto.
¡Y Neri amenazaba todavía!
—¡Loco! ¡Está loco!—por doquier sonaba.

¡Y él con su risa el dicho confirmaba!
 —¡Locos vosotros, viles servidores
 de Médicis, jauría de traidores!
 Y apelaba a la astucia para herirles.
 ¡Empeño vano! ¡Son esgrimidores
 formidables! ¡No es fácil reducirles!
 Se apoderaron de él, le sujetaron...
 Saltaba, y se estiraba, y se encogía,
 y semejaba un puercoespín hirsuto.
 Al fin las manos y los pies le ataron,
 hasta que dijo un médico: —A este bruto
 tal vez la oscuridad le convendría.
 Y entonces a la cueva le bajaron.
 Y cómo aullaba. Y cómo maldecía.
 ¡Pobre Neri!

GINEV. ¿Y qué harán con él ahora?

GIAN. (*Irónico.*) Tengamos esperanza en el Magnífico,
 que es siempre generoso.

GINEV. ¿Y cómo hicisteis?...

GIAN. ¿Para llegar aquí? La cosa es clara:
 De ver al pobre Neri tan caído
 en verdad me sentí compadecido
 y quise que su dicha prolongara
 transformándome en él. Del Tornaquinci
 volví a la casa y recogí el vestido
 que Neri abandonado allí dejara;
 con su vestido recogí su llave,
 salí embozado con su capa verde,
 vine, abrí, entré... Con qué emoción tan grave
 llegué hasta aquí; ¡mi corazón lo sabe!
 Quiera el amor que siempre la recuerde.
 Crucé esta estancia, la encontré vacía,
 pisé el umbral del camarín soñado,
 la débil luz en un rincón ardía,
 dulce penumbra en torno se extendía,
 di un paso..., otro..., y me acerqué a tu lado.
 No mis pies, el amor me conducía.
 ¡Cómo temblaba... y cómo te quería!

GINEV. Os vi; me parecisteis Neri.

GIAN. Era

su capa verde...

GINEV. Sí; su capa... Y luego volví a dormirme...

GIAN. Para estar más ciego de amor, velé la luz discretamente. De tus desnudos brazos trascendía suave perfume. En la penumbra austera sentí el amor purificar mi frente. ¡Y era un ladrón que tímido saltaba por la muralla que protege el huerto, y con los ojos atónitos miraba la ansiada fruta, y a la vez temblaba del perro enorme, rondador despierto! Tu dulce aliento en sueños me invitaba con placidez de playa que esperaba la ola rugiente que a romper venía... Y entonces el amor te idealizaba. La hermosa fruta junto a mí veía, la iba a robar... Y nunca me atrevía... Sólo un beso furtivo.

GINEV. Fué bastante.

GIAN. Bastante, sí; fué un siglo en un instante.

GINEV. Un beso, que si hubiera yo sabido ser de un ladrón...

GIAN. ¿Lo hubierais preferido?

(Pausa.)

GINEV. ¿Y Neri? (Con miedo.)

GIAN. (Feroz.) Lo merece.

GINEV. Si volviera.

GIAN. No volverá, pues lo dejé encerrado.

GINEV. Además, Fazio en el portal espera.

GINEV. ¡Ladrón de amor!

GIAN. De amor. Ven a mi lado.

(Se acerca y la abraza, pero de improviso se oyen lejanos rumores.)

GINEV. ¿Has oído?

GIAN. Sí.

GINEV. ¿Quién?

GIAN. (Balbuciente.) No sé.

GINEV. Has temblado.

GIAN. No.

GINEV. Alguien viene.

(Giannetto se separa de ella. Entra Fazio.)

Dichos y Fazio.

- FAZIO Señor.
 GIAN. ¿Qué ha sido?
 FAZIO Neri,
 mientras los servidores del Magnífico
 trataban de sacarle de la cueva
 para llevarle a un calabozo, supo
 romper sus ligaduras, echó a tierra
 a cuantos sujetarle pretendían,
 y ha huído...
 GIAN. ¡ Ha huído !...
 GINEV. Virgen santa.
 FAZIO Y viene...
 Y con un hacha enarbolada, jura
 matar a quien le obstruya el paso...
 GINEV. ¡ Corre !
 FAZIO Por aquí no.
 GIAN. ¿ Le siguen los Médicis ?
 FAZIO Pero entretanto, ¡ libre está !
 GINEV. Salid
 por aquí. (*Señalando la puertecilla.*)
 Pronto encontraréis la calle.
 FAZIO Venid.
 GINEV. (*Aterrorizada.*)
 Y yo me encerraré allá dentro.
 (*Entra en su habitación y se encierra.*)
 FAZIO Seguidme, pues. (*Señalando la puertecilla.*)
 GIAN. Vamos a dar aviso
 a los nuestros ; cazarle es lo que importa.
 (*Hacen mutis.*)
 CINTIA (*Dentro, a gritos.*) ¡ Señora ! ¡ Auxilio !
 NERI (*Dentro también. Las voces se aproximan.*)
 ¡ Calla o te estrangulo !
 CINTIA Calla, perversa. ¿ Tú también me tienes por loco ?
 (*Entra aterrorizada, como después de haberse
 desasido de él.*) ¡ Auxilio ! ¡ Auxilio !

Neri y Cintia.

(Neri entra furioso, siempre armado de hierro. Ha perdido pedazos de su armadura. Esgrime el hacha en la mano. Lanza en dirección a Cintia el arma, que cae con estrépito infernal, y persigue a la criada por la habitación.)

NERI

¡Mujerzuela!

¡No des voces! ¡Harás que te degüelle!

CINTIA

¡Al loco! ¡Al loco!

NERI

¿Guardarás silencio?

No estoy loco, ¿lo entiendes? No estoy loco.

¡Ven aquí! ¡Pronto!

CINTIA

¡Virgen santa, sálvame!

(No pudiendo ya huirle, trata de apaciguarle, como se hace con los locos.)

Como queráis, como queráis. Sed bueno.

Sed bueno. ¡Pobrecito! Y yo haré cuanto me mandéis... Sí; tenéis razón.

NERI

¿Qué vanas necedades murmuras, insolente?

(Aferrándose a ella, que casi ha caído de rodillas.) ¡Basta ya!

CINTIA

(Intentando alzarse para huir.)

¡Como queráis!... ¡Pobrecillo!

NERI

(Empujándola violentamente a la habitación de la izquierda.)

¡Ahí dentro, sapo venenoso!... ¡Calla!

(Cintia hace mutis.)

Neri solo. Después la voz de Ginevra y voces 1.^a y 2.^a

NERI

¿Pero por qué sospecha que estoy loco? No hablo con nadie... Nadie le habrá dicho la escena. Su ridículo capricho

¿a qué obedece? ¡La razón invoco sin dar con ella! ¿Es que parezco acaso loco en efecto? ¿Es que por tal ya paso

en todas partes? ¿Fué sencillamente que le dió miedo ver esta armadura? Mi aspecto justifica, ciertamente,

su espanto... Será prueba de cordura que me la quite. ¡Es lástima! ¡Era hermosa, y ya está toda rota y descompuesta!
(Sonriendo. Empieza a despojarse de la armadura.)
 ¡Cada destrozo es cicatriz gloriosa!
 Caro costó, pero gané la apuesta...
 No me he visto jamás en tal aprieto.
 ¡Tenías la emboscada tan bien dispuesta!
 ¡Mas ya estoy libre, y no hay perdón, Giannetto!
 Pero ¿y Ginevra? ¿Duerme?... ¿Cómo pudo no despertar con tal rumor?... ¿Qué dudo?
(Se ha libertado ya de la armadura. Se acerca a la puerta y ve que está cerrada por dentro.)
 ¡Cerrada!... ¡Abre, tesoro! ¡Estoy rendido y necesito descansar. ¡No duermes!
 La oigo andar. *(Golpea la puerta.)*

GINEV. *(Dentro.)* Pobrecillo. Sé juicioso.
 Que Dios te salve.

NERI ¡Tú también, villana!
 Abre, te digo, o romperé la puerta.
 Ya verás si estoy loco.

GINEV. *(Con voz dulce.)* No. Sé bueno.

NERI Abre, te digo, o te deslomo a palos.

GINEV. No, pobre Neri, no.

NERI ¡Que abrieras dije!
(Sacude la puerta con violencia.)

Me hormiguean las manos... ¿No has oído?
 Se encerró bien... ¿No cederá la puerta?
(Redobla la violencia en las sacudidas.)

GINEV. *(Dentro, gritando.)* ¡Favor! ¡Socorro!

NERI Habrá que derribarla.

(Con este objeto se dirige a coger el hacha. Pero de improviso se detiene al oír voces extrañas hacia la izquierda.)

¿Qué es esto? ¿Me siguieron? ¿Me persiguen?

¿En proclamar insisten mi locura?

(Se lanza hacia la puerta izquierda.)

VOZ 1.^a *(Dentro.)* Cerrad la puerta.

(Antes de que Neri gane la salida le cierran la puerta violentamente.)

NERI Ahora veréis, traidores,

Estamos listos.

(Se abre de golpe la puerta de la izquierda y aparecen en ella, cerrando el paso a Neri, soldados y familiares de Médicis.)

- VOZ 1.^a (A la derecha.) Y también nosotros.
(Neri, acorralado y asido por todos, aun se defiende y forcejea.)
- VOZ 2.^a (Entre el tumulto.) ¡Sujetadle con fuerza!
- VOZ 1.^a Es un gigante.
- NERI ¡Médicis viles!

Dichos, Giannetto y Fazio, que aparecen en la puertecilla.

- GIAN. Le ataréis de suerte
que no pueda librarse de su encierro.
Es orden del Magnífico.
(Viendo a Giannetto.) ¡Bergante!
- NERI Dejadle hablar y sujetadle fuerte.
- GIAN. ¡Ah bestia inmundada! ¡Ah miserable perro!
- NERI (Sarcástico.)
¡Neri, mi pobre Neri! ¡Si supieras
cómo en mi corazón siento tu herida!
- NERI Temo que voy a enloquecer de veras.
- GIAN. Pensemos en la amante despedida.
Deja a su hermosa enamorada; es justo
permitirle que de ella se despida.
(Se dirige a la puerta de la alcoba.)

Dichos y Ginevra, apareciendo en el umbral.

- GIAN. ¡Da compasión!
(Neri hace un gesto de furor.)
- GIAN. (A Ginevra.) Aunque le veis adusto,
él siempre os ama...
- NERI (A Ginevra.) ¡Hipócrita! ¡Vendida!
- GIAN. (A Ginevra.) ¡Perdón! ¡Le falta el juicio!
(A Neri, fingiendo dulzura.)
No te exaltes.
(Pasando la mano por la cintura de Ginevra, que
apoya la cabeza en su hombro.)
Yo la consolaré mientras tú faltes.

NERI ¡Traidores!

GIAN. (A los que le sujetan.) Conducidle con cuidado.
(Los de Médicis tiran de Neri, que forcejea furiosamente.)

NERI (Sujeto y encadenado. Fuera de sí, a Giannetto.)

Me la has robado, sí, me la has robado.

Yo volveré, yo nunca me someto.

Y para ti no habrá perdón, Giannetto.

TELÓN

ACTO TERCERO

Calabozo subterráneo del palacio de los Médicis. Es un antro de bellas líneas, pero oscuro y triste. De una columna ágil y sólida arrancan los arcos que componen la estancia. Las paredes, de cal y piedra sin otros ornamentos. Enfrente, hacia la derecha, una puerta conduce al piso superior, por la cual se ve también la escalera. En la parte izquierda, otra puerta mayor. No hay muebles, sólo algunas cajas y objetos inútiles usados. Es por la tarde. La luz exterior llega debilísima. Dos antorchas alumbran el aposento.

Giannetto y cuatro estaferos (*staffieri*), que entran por la izquierda.

ESTA. Vedlo, señor ; este es el aposento.

GIAN. Propio del caso.

ESTA. Falta solamente traer al loco.

GIAN. Mas andad con tiento.

ESTA. Si se desliga es hombre peligroso.

ESTA. No hay que temer. Desde que está encerrado y a oscuras, cual el médico dispuso, se halla rendido ; no discute ; si alguien le toca no se mueve.

Dichos. Entra el *doctor* vestido a la usanza cómica del tiempo.

GIAN. Por si acaso,
ligadle bien. ¿Verdad, doctor?

DOCT. Tal creo.

Amarrarle a un sillón será prudente.
Con los locos es práctica corriente,

cuando se intenta, como yo deseo,
procurar que el enfermo o hechizado
se someta a la prueba del careo.

GIAN.
DOCT.

(*Irónico.*) ¿Un careo decís?

Es lo indicado.

Bien se me alcanza que la prueba es dura,
mas la ciencia lo tiene demostrado ;
sólo el asombro o el terror les cura.
Si dieron muerte a un deudo del paciente,
haréis que el matador se le presente.
Si fué que a la mujer le sedujeron,
debéis ponerle el seductor enfrente.
Como les reconozca, está curado.
Siempre estos choques de contrastes dieron
el más satisfactorio resultado.
Un golpe brusco, una impresión odiosa.
Es mi doctrina.

GIAN.
DOCT.

¡Y es maravillosa !

¡Ha hecho milagros ! Una vez recuerdo
de dos endemoniados espantables,
a quienes daban ya por incurables
todos los sabios, de común acuerdo.
—Puede—pensé—que mi sistema ejerza
más firme acción que estos discursos vanos.
Y dejándoles libres pies y manos,
a ambos uní y encadené con fuerza.
Así, dos días les guardé en su encierro.
Y entonces sus demonios respectivos,
rebelándose a estar juntos y vivos,
se debatían junto al duro hierro
y se embistieron tan furiosamente,
que al rebotar sus golpes alcanzaban
a los dos poseídos y dejaban
señales en su pecho y en su frente.
Entramos y les vimos desligados
de la cadena, en tierra ensangrentados,
Dios en sus labios y el demonio ausente.
Dóciles, permitieron ser llevados
al lecho..., y espiraron dulcemente.
(*En tono de sentencia.*)
¡En cuanto el loco siente el sufrimiento
está salvado.

- GIAN. ¡Ah, *dómine magister!*
 Qué prodigioso y admirable invento.
(Transición.)
 ¿Y, según vos, el pobre Neri ha sido también por el demonio poseído?
- DOCT. No está tan claro.
 GIAN. Esa opinión tenía el Magnífico...
- DOCT. Entonces es la mía.
 GIAN. No es esa mi impresión, os lo declaro.
 DOCT. Con la confrontación se pondrá en claro. Aquí mismo ha de ser. Si su locura no es peligrosa, le dejamos libre; no han de faltar parlantes que se encarguen de su custodia. Por la calle vemos a tantos locos sueltos en Florencia, sin que en la realidad causen más daño que el de soliviantar a los chiquillos.
 ¿De alguien sabéis que pueda atormentarle con su presencia?
- GIAN. Sé de tres portentos de belleza por él alucinadas y después de rendidas olvidadas. Las tres vendrán; son tres remordimientos.
- DOCT. Si así no le curamos, será fuerza buscar a un hechicero que le saque los demonios del cuerpo con plegarias y con hierros candentes.
- GIAN. ¡Pobre Neri!
 DOCT. Que vayan por el loco.
 GIAN. Andad. Yo aguardo.
(Sale el doctor con los guardias por el foro.)
- Giannetto y Fazio. Este entra súbitamente, ansioso.
- FAZIO ¡Señor! Gabriel está en Florencia. Sabe la desgracia de Neri, y os persigue.
 GIAN. ¿Le has visto?
 FAZIO Cintia me lo dijo. Estuvo en casa de Ginevra...
 GIAN. ¿Pudo hablarle?

FAZIO No. La señora conoció al momento su voz, y recelando que quisiera a su hermano vengar, negóse a abrirle.

GIAN. ¡Ah!

FAZIO Y él rogaba apasionadamente, diciendo que la amaba demasiado para causarle daño alguno.

GIAN. Sigue.

FAZIO Que si entrar le dejara, solo al verla tan hermosa el furor se aplacaría, aunque la odiara más que odia a Giannetto, y caería a sus pies manso y rendido como un cordero. Y la llamaba a voces, dándole dulces nombres amorosos: reina y señora, amparo de sus tristezas, albergue de su paz y su ventura.

GIAN. ¿Y Ginevra?

FAZIO Negóse fieramente a abrir, temiendo que mintiera; sabe de qué ferocidad los dos hermanos son capaces.

GIAN. (Lo son.) ¡Di, Fazio!

FAZIO Entonces

cambió de tono y la cubrió de injurias. Y jurando mil veces que os daría horrible muerte, prosiguió el camino a vuestra casa, donde está en acecho. Allí le he visto, pálido de ira y fuera de las órbitas los ojos, con sed de amores y con sed de sangre.

GIAN. ¿Frente a mi casa?

FAZIO Gira en torno de ella, siempre exaltado y vigilante...

GIAN. (Obsesionado por una idea.) Dime...

¿Piensas que si Ginevra hubiese abierto él... se arriesgara a traicionar a Neri?

FAZIO (Animándose por momentos.)

¡Oh! Ante el amor a una mujer sucumbe todo amor, el más santo, el más glorioso. Tiene el amor a una mujer la fuerza y el aroma de un vino irresistible; es venenosa flor que seca todas

las demás flores del jardín de nuestro corazón ; es la llaga dolorosa que tanto duele que el dolor aplaca de todas las heridas ; es cieguera que en la mano del padre el puñal mueve para matar al hijo...

GIAN.
FAZIO

(*Cortándole el discurso.*) ¡Tú qué sabes !
(*Modestamente.*)

Es la única ciencia que es posible a un ignorante conocer a fondo.

GIAN.

¿De suerte, según tú, que el insensato soplo de amor que corre por las venas de Gabriel apagar puede el cariño fraternal?

FAZIO

Más sospecho ; que en sus ojos, sobre el anhelo de mataros, brilla la llama del amor que le devora, y besaría vuestros pies si fuerais el guía que a Ginevra le llevara. Deliras.

GIAN.
FAZIO

Tanto más cuanto imagina que la locura de su hermano es cierta.

GIAN.
FAZIO

Ello le incita más para vengarse. Os maravilla porque no sentisteis nunca el amor ; sois como las serpientes : el manjar es delicia en vuestros labios, no en vuestro gusto. Mas Gabriel es otro. El sabe amar... ; él ama... con angustia. Crueldad, vergüenza, humillaciones, nada será bastante a refrenarle.

GIAN.

Dices palabras que se infiltran en mi espíritu profundamente. Por la vez primera yo soy más fuerte que esos dos hermanos ; con dulzura infinita saboreo esta embriaguez... Objeto de ludibrio, aun siento en mí clavados sus puñales. La ilusión más hermosa de mi vida era vengarme, y, comenzada apenas la venganza, ya estoy en el peligro de verme envuelto entre mis propias redes.

- Mas no, mil veces no ; yo dejaría
de ser quien soy si no triunfara.
- FAZIO Rugen
contra vos dos leones...
- GIAN. Tú no has visto
lo que yo veo...
- FAZIO ¡Huyamos de Florencia !
GIAN. ¡Y volver no podríamos ya nunca !
FAZIO Pero ¿qué plan es vuestro plan? ¡Decidlo !
GIAN. Seguir el juego.
FAZIO El juego. Con la muerte
no se juega.
- GIAN. ¿La vida es otra cosa
que un juego con la muerte? ¡Cuanto tiemblo
más, tanto más el juego me divierte !
Ver a Neri a mis pies quiero vencido
implorando piedad ; que me sonría
como a un igual para gozarme en ello.
Este es mi ensueño, y lo he de ver logrado
¡o el nudo de terror que yo he forjado
caerá sobre él y apretará su cuello !
- FAZIO Así juegan, señor, las mariposas
en torno de la luz. Tiemblan. Parece
que van a huir y vuelven anhelosas.
La llama las atrae, que resplandece,
y el fuego las asusta. A un tiempo mismo
aman el sol y rondan el abismo.
Gozosas, cerca del peligro pasan,
y por el gozo de temer se abrasan.
Es su destino.
- GIAN. Nunca vi el milagro
FAZIO de que apague una luz la mariposa.
GIAN. La mariposa, no ; pero sí el murciélago.
*(Por la abierta puerta del foro se ve cómo bajan
por la escalerilla los carceleros que traen a Neri
amarrado a un sillón. El Doctor les sigue. Como
la escalera está a oscuras, se alumbran con an-
torchas.)*
- FAZIO Ya traen al loco.
GIAN. ¡ Adelante !
*(Les hace señas para que avancen, y, efectiva-
mente, avanzan hasta detenerse más acá de la co-*

lumna. De espaldas a ésta dejan a Neri, atado al sillón.)

Dichos. Carceleros conduciendo a Neri. El Doctor. Al final, Laldomina, Fiametta y Lisabetta.

- NERI ¡Hasta cuándo
has de gozarte en burlarme, Giannetto,
bárbaro engendro de torpe ramera!
- GIAN. ¿Me respondéis de que está bien sujeto?
- DOCT. Ni Hércules mismo soltarse pudiera.
- NERI Ve y al señor de Florencia, nefando
al que en la sombra tu crimen protege,
dile que falta ponerme mordaza,
único medio de hacer que yo deje
de repetir la viril amenaza.
- GIAN. *(Fingidamente.)*
Tu exaltación conmovirme ha logrado.
Todo lo haré para verte curado. *(Al Doctor.)*
Arriba están prevenidas las bellas.
Pronto vendrán. Vuelve, Fazio, con ellas.
(Sale Fazio.)
- NERI ¡Vil! ¡Bestia horrenda!
*(Después de forcejar vanamente, en un acceso
de ira, cae en un estado de abatimiento, y au-
llando como un perro castigado, murmura:)*
¡Otra vez! ¡Siempre a oscuras!
¡Siempre vencido por mis ligaduras!...
¡Ah! ¡Lo merezco! ¡A él le toca vengarse!...
¡Si no me matan habrán de acordarse!
¡Gabriel! ¡Hermano! ¡Si tú lo supieras-
dura venganza a este escarnio pusieras!
- GIAN. *(A Neri, siempre burlón.)*
¡Es por tu bien! Ten paciencia un instante.
(Neri le mira con rabia.)
También en mí despertaba la ira
cuando lanzaste mi cuerpo en el río,
cuando el puñal en mi carne clavabas.
¡Y era por burla!... ¡Yo soy generoso,
y es por tu bien! Ya están aquí. ¡Miradle!
(Reaparece Fazio trayendo a las tres muchachas:

Laldomina, Fiametta y Lisabetta.
 ¡Pobre amador! ¡Da lástima de verle!
 ¡Vuestra hermosura le dará consuelo!
 ¡Vamos, señores! (*A los demás.*)
 (*A las mujeres.*) ¡Endulzad su duelo!
 (*Queda Neri a solas con las tres mujeres.*)

Neri, Laldomina, Fiametta y Lisabetta.

LALDO. (*Después de una breve pausa de asombro.*)
 Y es verdad que está loco. ¡Neri! ¡Neri!
 ¡Ah; el traidor!

LALDO. ¡No responde!
 FIAME. ¡Ya era hora
 de que también sufriera!

LALDO. ¡Calla, calla!
 Yo fui igualmente abandonada, y sólo
 siento piedad.
 (*Neri sigue inmóvil, con expresión de dolor, con
 los ojos fijos en un punto del espacio.*)

FIAME. ¡Yo sólo siento ira!
 ¡Más ya no puedes engañar, infame!

LALDO. ¡Calla, que tienes corazón de hierro!

FIAME. Soy mujer; sólo sé dos caminos:
 el odio y el amor... ¡Le odio! ¡Le odio!

LALDO. ¡Lisabetta, ven tú!
 (*Lisabetta, que seguía en el foro, se aproxima.*)
 ¡Mírale; acércate!

¡Tú, más dichosa que nosotras, nunca
 en sus garras caíste, y ahora puedes
 mirarle con amor y sin oprobio!

Le amabas en secreto. Nunca puso
 en ti los ojos al pasar; llorabas,
 celosa, y envidiabas nuestra dicha.
 La dicha que nos trajo el abandono
 cuando tu frente se conserva pura.

FIAME. Yo le aborrezco. ¡Soy mujer honesta,
 que pide cuentas de su honor robado!

LALDO. ¡Ah, cuán feroz honestidad la tuya!

FIAME. Tienes razón; mejor es que me ausente.

LISABE. Con él dejadme a solas, Laldomina,
nada más que un momento.

LALDO. Sé prudente,
y piensa que es furiosa su locura.

LISABE. Son fuertes sus cadenas; no hay peligro.

LALDO. ¡Pobre Neri! De lejos te aborrezco;
de cerca no sé odiar: te compadezco.
(*Entra Giannetto, que se detiene con Fiametta
y Laldomina.*)

Dichos y Giannetto.

GIAN. ¿Qué tal?

LALDO. Ni una palabra fué posible
conseguir de él... Nosotras le dejamos.
Andad, andad.

GIAN. (*Salen Fiametta y Laldomina. A Lisabetta.*)
¿También tú fuiste víctima

de este bergante? ¿Te robó la honra?
LISABE. No..., no... (*Cogiéndole.*) Sí.

GIAN. Pues ¿qué esperas? ¡Ahí le tienes!
Puedes vengarte a tu placer; es tuyo.
No tengas compasión de su locura.
(*Mira a Neri irónicamente y sale.*)

Neri y Lisabetta.

LISABE. (*Con ardiente ingenuidad.*)
Más me enamora al ver su desventura.
¡Ay! ¡Si los besos que soñé le diera,
tan perturbado como está estuviera...,
que el amor es también una locura!
¡Yo lo sé, yo lo sé; como lo sabe
mi vieja abuela, confidente grave
de este dolor que en el silencio avanza!
Pasabas a mi lado indiferente,
cual cruza por los campos el torrente,
sin detenerse a percibir la queja
de la flor que en sus aguas se refleja.
Sólo mi vieja compañera, en tanto,

como un sol de esperanza entre mi llanto,
decía : «¡ Eres hermosa..., eres hermosa ;
tú vencerás y tú serás dichosa !»
Y yo todas las noches me dormía
soñando con la dulce profecía...
¡ Pluguiera a Dios que fuera la luz clara
de mi alcoba que el sueño me alumbrara !
Mas no : eres luz que junto a mí pasó
sin verme y al pasar me deslumbró.

NERI Sí que te he visto. Te he visto. Eres bella.

LISABE. Parece que discurre con sentido.
Dijeron que es furiosa su locura
y ha hablado tan galán y tan pulido...
¡ Mírame fijo !... ¡ Mírame ! ¡ Te quiero !
¡ Nunca el amor dió más tributo a un hombre !
(*Neri sigue inmóvil, petrificado, ciego de ira*)
Me llamo Lisabetta... Lisabetta...
¿ Por qué no pruebas a decir mi nombre ?
¡ Dilo ! Yo el tuyo pronuncié más veces
que gotas de agua corren por el Arno.
Lo sé decir en infinitos tonos,
llorando, deseando : Neri..., Neri.

NERI (*Exasperado.*)
¡ Ah, qué tortura ! ¡ Venganza ! ¡ Venganza !
Tú eres mi solo fulgor de esperanza.
Más cerca, escucha : a creer te conjuro
que no estoy loco...

LISABE. (*Sobrecogida.*) Danlo por seguro.
¡ Oh ! ¡ Si no lo estuviera ! ¡ Qué vergüenza !

NERI ¿ Cómo lograr que mi voz te convenza ?
¡ Por tu candor y tu amor te lo juro !
¿ Qué pruebas quieres ?

LISABE. Te creeré al instante
si se borra el furor de tu semblante
y me miran tus ojos con cariño.

NERI Suave es tu voz como halago de niño...
Llégate ; ven. ¿ No ves cuánto te adoro ?
(*Ella se acerca.*) Tú sola en mi confianza pusiste.
Tu corazón con sus rayos de oro
venga a alumbrar esta noche tan triste.
Pues en mi amor refugiarte desees,
oye mi amor y yo haré que me creas.

- Si mi razón no tuviera albedrío,
 tu corazón no sería tan mío,
 ni tu divino perfume de rosas
 despertaría este anhelo inocente
 de dar un beso en tu frente querida.
 Hay poder sobre hombres y cosas
 que al cocodrilo gustar no consiente
 la dulce fruta en la rama florida.
 Ven a mí, flor de primavera.
- LISABE. (*Enlazándose a él.*) ¡Tiemblo!
 NERI Quiero mis labios posar en tu frente.
 (*Se besan con avidez.*)
- LISABE. ¿Por qué si no estás loco te encadenan?
 ¿Por qué te encierran y por qué te oprimen?
- NERI (*Furioso, en voz baja.*)
 ¡Es la traición, es la burla, es el crimen!
- LISABE. (*Con terror.*) ¡Vuelve a tus ojos la siniestra llama!
 NERI Sí; es una llama sangrienta que enciende
 todo mi ser y venganza proclama.
 De su poder ni el amor me defiende.
- LISABE. Si pudiera ayudarte... ¡Si pudiera!
 NERI ¡Oh, si pudieras lograr me que viera
 sólo un instante a mi hermano, sería
 para ti eterno mi amor. Te amaría
 con la constancia que el musgo la peña,
 como las olas la playa risueña,
 como la mente los sueños que sueña.
- LISABE. ¿Quién a este triste estado te redujo?
 NERI Giannetto fué quien, traidor, me condujo.
 Médicis, quien en la sombra le incita.
 Siervos de Médicis. ¡Raza maldita!
- LISABE. Pero ¿cómo salvarte? Yo imagino
 que ser astuto es el mejor camino...
 Finge que es verdadera tu locura,
 que esta burla feroz te ha trastornado.
- NERI No. Cuanto más mi dolor consideren
 más gozarán en su bárbaro triunfo.
- LISABE. Pero se librarán de tu persona,
 y tal vez a tu hermano te confíen.
- NERI No; porque así temerán su venganza.
- LISABE. Simula una locura inofensiva

y yo les pediré que te encomienden
a mi custodia...

NERI Pero, antes, Giannetto
se pondrá en salvo y huirá de Florencia
sin que yo pueda vengarme.

LISABE. Perdónale.

NERI No; no hay perdón. Lisabetta: te quiero.
Todas las dichas de ti las espero.
¡Mas necesito vengarme primero!

LISABE. Pues si quieres vengarte finge, finge;
mas no finjas locura peligrosa,
sino suave y pacífica. La astucia
será tu libertad. ¡Yo te lo imploro!

NERI Tienes razón... ¡Lisabetta! ¡Te adoro!

Dichos y Giannetto.

GIAN. (Entrando.) ¿Le hablaste? ¿Qué te dijo?

LISABE. Mejor fuera
que no le hablara nunca.

GIAN. (Irónico.) ¿Fué galante?

LISABE. Habló; mas con tan gran incoherencia...

GIAN. ¿Incoherencia?

LISABE. Pero no irascible,
sino débil... Probad a interrogarle
vos mismo.

GIAN. (Indagador.) ¡Neri!

NERI (Fingiendo extravío.) ¿Quién se aproxima?

¿Un elefante con la torre encima?

¡Qué enorme! ¡Da terror! Yo soy un moro...

Quiero mirarme... ¿No tenéis espejo?

LISABE. ¡Pobrecillo!

GIAN. (¿Qué nueva farsa es ésta?)

Dichos. Aparecen el Doctor y Fazio. Después les siguen
los guardianes.

GIAN. Entrad sin miedo, *dómine magister*.

DOCT. ¿Dió resultado la experiencia?

- GIAN. Ha dado
el más maravilloso resultado.
- DOCT. No me sorprende... Se le ve en el rostro...
Tiene menos tirantes las mejillas...,
su mirada es más tímida, más dulce.
Huyeron los demonios de la carne.
- GIAN. ¿Así opináis?
NERI (A Lisabetta.) Soy moro y tú cristiana...
Si nos casamos nacerá un doctor
color de camomila...
- DOCT. Aun desvaría.
NERI ¿Quién quiere hacerme daño? Seré bueno.
Tú serás mi maestro y mi pedante.
- DOCT. ¡Da compasión! (Lisabetta llora.)
FAZIO (A Giannetto, con temor.) ¡Ha enloquecido!
GIAN. ¡Calla!
NERI (Que tiene a su lado al Doctor.)
¿Eres arcipreste? ¡Qué elegante!
¡Gabriel! ¡Hermano! Te prometo siempre
ser bueno. Di que no me den castigo...
Seré bueno; más bueno que Giannetto.
- LISABE. ¿No os da piedad? (A Giannetto.)
FAZIO (A Giannetto.) ¡Señor, señor! ¿Qué hicisteis?
GIAN. (Con intención.) Cierto que infunde lástima.
DOCT. Yo juzgo
que cuando un loco llega a tal estado
que no hay peligro de que ofenda a nadie,
lo indicado es llamar a los parientes
para que ellos le cuiden.
- LISABE. ¡Ay, el triste
no tiene otro pariente que su hermano,
y está en Pisa!
- GIAN. (Con intención.) Que en Pisa nos espere.
LISABE. Si consentís, le llevaré conmigo;
mi abuela y yo le cuidaremos... Tales
lazos con él me unieron, que no es mucho
cuidar yo de él mientras su hermano llega.
Es dócil como un niño.
- GIAN. (Con astucia y temor.) ¿Como un niño?
LISABE. Sí.
GIAN. No. Que siga en esta casa. Nadie
en casa de los Médicis pelagra.

NERI ¡ Ah ! ¡ Vil ! (*En un súbito arranque.*)

GIAN. Aun tiene arranques de fiereza.

Fuera temeridad imperdonable
abandonarle en manos femeniles.

(*Por Lisabetta y Neri.*)

Mejor será que yo les hable a solas.

(*Al Doctor y a los guardianes.*)

Salid vosotros ; al instante os llamo.

(*Salen Fazio, los guardianes y el Doctor.*)

Giannetto, Neri y Lisabetta.

GIAN. (*A Lisabetta.*)

Escucha : tú bien sabes que ahora finge
para hacernos creer que ha enloquecido
por culpa nuestra y ver si le soltamos.

Dime, pues, la verdad, y nada temas.

NERI ¿ Por qué me hacéis llorar ? ¿ No véis que tengo
un nudo en la garganta ?

LISABE. Preguntadle

vos mismo. Es que está loco. Es que está loco.

Se calmó su furor con mi presencia.

Podéis soltarle sin peligro.

GIAN. Escucha.

Yo te prometo que si está curado
y jura no volver a atormentarme
en libertad le dejaré ahora mismo.
(*A Neri.*) Te brindo paz. Fué burla contra burla.
Hagamos punto en la contienda. ¡ Neri !
Ten compasión de mí. Tú te ensañabas
en mi martirio, y demostrarte quise
que un débil puede defenderse... Ahora
la paz está en tu mano. Yo la quiero,
y te prometo respetarla. Cese
tu hostilidad, y no tendrás amigo
mejor que yo... Sé generoso, Neri.

(*A Lisabetta.*) Aconséjale tú. ¡ Basta de lucha !

Sopla el gato el hornillo, enciende el fuego,
cierra el portillo y queda entre las llamas.

LISABE. ¡ Señor! Mirad a qué terrible estado
le ha reducido vuestra burla.

GIAN. Mientes.
(A Neri.) ¡ Por última vez, Neri! ¡ Paz te pido!
La voz no escuches de tus celos; piensa
que es peligroso el juego sobre el agua
en un río tan hondo...

NERI ¡ El río!... Mira
los peces rojos, que parecen llamas.

LISABE. ¿ No véis, señor, cómo divaga?
GIAN. Tengo

NERI miedo de ti... y de mí... ¡ Paz, Neri! ¿ Aceptas?
Los peces rojos, que parecen llamas,
llamas de sangre. El agua no las borra.
Para borrar la sangre es necesario
el fuego... ¿ Amas el fuego?

GIAN. (Desesperadamente.) ¡ Neri! ¡ Neri!
NERI ¿ Amas las nubes?

GIAN. ¿ Lo quisiste? ¡ Sea!
¿ El odio quieres? Pues que el odio triunfe.
Mas hora es ya de que te suelte. Acaso
cuando estés libre con razón discurras.
NERI ¡ Y si ni así quieres la paz tampoco,
debo pensar que es cierto que estás loco!
¡ Alcánzame una estrella de los cielos!
(Giannetto se dirige, trémulo, a la puerta, y dice
a los que están tras ella escondidos:)
GIAN. ¡ Soltadle! ¡ Y que los hados determinen
nuestro destino!

Dichos. Entran Fazio, el Doctor y cuatro guardianes.

GIAN. Cuatro de vosotros
son pocos para él; que vengan otros.
(Sale uno de los guardianes y vuelve con otros
cuatro.)

NERI Conozco al hombre y su intención barrunto.
(A los guardianes, que se le acercan.)
¡ Cuántos guerreros! ¡ Qué marcial conjunto!

¡Yo seguiré vuestro triunfal camino!
 Dadme un cayado. Soy un peregrino...
(Le sueltan.)

GIAN. ¡Fazio, le sueltan! *(A Fazio, temblando.)*

FAZIO *(Apretando el puñal con la mano.)*
 No temáis. Le acecha
 mi puñal. Si os ataca, le asesino.
 Y está loco, además...

GIAN. ¡Vana sospecha!
*(Neri está ya casi libre. Apenas le sueltan los
 brazos se muerde las muñecas.)*

NERI ¡Tengo hambre! *(Groseramente.)*

LISABE. *(Acercándose a Neri.)* ¡Pobrecillo!

NERI ¿Qué me quieres?

LISABE. ¿Eres Gabriel, mi hermano? ¿No? ¿Quién eres?

LISABE. *(Le abraza, fingiendo emoción.)*
 ¡Oh, qué dolor! Ya no tendré consuelo.
(Neri se levanta y da uno o dos pasos torpemente.)
 Dame la mano y sigue mi camino.
(Le da la mano y le sirve de guía, efectivamente.)

NERI Yo seré bueno... Soy un peregrino...

GIAN. *(Se acerca, temblando, a Neri. Fazio le sigue.)*

Sé, Neri, que es ficción; que si pudieras
 lanzarte sobre mí, muerte me dieras;
 que si ahora salvo tu furor lo debo
 al miedo a verte sujetar de nuevo...
(Neri sigue fingiendo dulzura.)
 Está bien... *(Transición.)*

¡Pobre Neri! Tu dulzura
 me ha conmovido. ¿Es cierta tu locura?
 ¡Pobre Neri! ¡Tu voz no me responde!
 Oyeme, pues: con el amor más ciego
 que ardió jamás en amoroso fuego
 adoro a la que fué tu compañera;
 sé que su amor al mío correponde.

Esta noche iré a verla; ella me espera.
 Si me quieres matar, ya sabes dónde.
*(Neri se dirige a la salida, siempre de la mano
 de Lisabetta y precedido por los guardianes. Fa-
 zio queda con Giannetto.)*

NERI Un peregrino... Un peregrino errante... *(Sale.)*

GIAN.

Corre, sí. Precipítate al abismo.
Su rojo fondo llevas en ti mismo.

FAZIO

GIAN.

¿Por qué esa lucha bárbara, por qué?
Tiemblo y amo el peligro; me divierte
jugar con el amor y con la muerte...
¿Noche de amor? ¿Noche de muerte? ¡ Iré !

TELÓN

GINEV
CINTI

GINEV

CINTI
GINEVCINTI
GINEV

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo. Es de noche.

Ginevra y Cintia.

(Después de una pausa, Ginevra sale de su habitación y dirigese a la puerta de la izquierda. Está vestida con voluptuoso traje íntimo, ligerísimo, amarillo, que hace relampaguear su cuerpo bellamente formado. Su abundante cabellera cae suelta por la espalda. Lleva en la mano un espejo de plata.)

GINEV. ¡Cintia! ¿Qué ha sido?

CINTIA *(Entrando por la puerta izquierda.)*

No es nada, señora.

Me pareció que sonaba la puerta,
bajé al zaguán y nadie en él había.

GINEV. ¡Ay, Cintia! Vivo en continuo terror,
siempre temblando que vuelva Gabriel.

(Siéntase lánguidamente sobre el arca, cerca de la puerta.)

Estoy rendida esta noche y sin sueño.

Siento que mayo por mis venas corre.

Bella es la noche; con placer saldría...

CINTIA Mas el señor Giannetto vendrá pronto.

GINEV. Péiname, Cintia.

(Cintia le coge los cabellos, los arregla y forma con ellos un gran cerco de trenzas, como opulenta flor, sobre la gentil cabeza.)

CINTIA ¿Y si Gabriel volviera?...

GINEV. No digas eso ni en burla. ¡Qué espanto!

CINTIA Aunque más duro que su hermano fuera,
pronto le vencería vuestro encanto.

GINEV. No creas tal.

CINTIA

Si a la mujer le presta
fuerza el amor, al hombre se la resta.
Los más feroces vuelven subyugados.
Para nosotras sólo hay un momento
de vencer: cuando están enamorados.
Por esto las mujeres de talento
no se enamoran...

GINEV.

CINTIA

Brava teoría.
Y vos misma, señora, todavía
conserváis lucidez de pensamiento.
Lo peligroso es murmurar: «Te amo»
sin rubor de mentir...

GINEV.

CINTIA

Eres despierta.
¡Oh, si yo fuera cual vos—lo proclamo—
siempre mis ojos, con dulce reclamo—
de enamorados llenaran la puerta.
Como una reina del amor sería;
con el imperio de mi gracia, sobre
miles de cortesanos reinaría;
y, como todos los demás, el pobre
Gabriel viniera a darme pleitesía.
Y aun, para verle a mi poder sujeto,
a cambio de sus paces con Giannetto,
en premio un poco de mi amor tendría...
Quiero decir del vuestro... ¿Me equivoco?..

GINEV.

CINTIA

Fiero es Gabriel. Más temible que el loco.
Débil arma, señora, es su fiera
para luchar con vuestra gentileza.
no el seno voluminoso y trasparente,
Bastará que mostréis tímidamente,
sino siquiera vuestro pie pequeño
de nieve y rosa, breve como un sueño.
Hablas en poesía.

GINEV.

CINTIA

Son, señora,
las palabras de un joven que os adora.
Me las repite con harta frecuencia,
siempre rogando que yo le encomiende
a los impulsos de vuestra clemencia.
Es un cantor que de rimas entiende

y por las calles cantando camina
a los acordes de su mandolina.

GINEV. ¿Merece ser amado?

CINTIA

Lo merece

por el encanto que su ingenio ofrece.

Pero de vos sepárale un abismo...

Yo os digo lo que él dice, y es lo mismo.

(*Cintia ha terminado el tocado de Ginevra.*)

Ahora vendrán; irán cantando el mayo.

GINEV. Abre, pues, la ventana; entren la luna
y el canto; amo la luna y las canciones.

(*Cintia se encamina al foro. Abre la ventana.*)

Entra un rayo de luna. Tras breve pausa.)

¿Oyes? ¡Son pasos!

CINTIA

¿Quién es?

(*Se abre de improviso la puerta secreta y entra
Neri con su capa verde.*)

Dichos y Neri.

NERI

Soy yo. ¡El loco!

CINTIA ¡Virgen del cielo!

NERI

Sin respirar, mujeres.

Entra en tu cuarto hasta que yo te avise.

(*Cintia se dispone a obedecer.*)

Espera... Dime... ¿Hay alguien en la casa?

Piensa que una mentira es tu sentencia

de muerte... Dime... ¿Hay alguien?

CINTIA

¡Señor! Nadie

más que nosotras dos, pobres mujeres.

¿No véis temblando a mi señora?

NERI

(*A Cintia, viendo a Ginevra y con reconcentrada
voz.*) Déjanos..

Neri y Ginevra.

NERI

(*A Ginevra.*)

¡Ah! ¿Conque tiemblas, cortesana? ¿Tiemblas?

(*Cogiéndola por el brazo.*)

¿Por qué, si estoy de la razón privado?

- Los locos somos buenos. Son los cuerdos los malos, los feroces... Mi cordura te he de probar siendo cruel contigo.
- GINEV. Soy inocente, Neri; fui engañada...
- NERI Lo sé; pero estos brazos estrecharon a mi enemigo. Los manchó, y yo quiero lavar la mancha. Es necesario. Es justo. No por amor, que ya no puedo amarte, sino por ansia de vengar la afrenta. Porque te amé, porque estos blancos hombros y esta garganta y este pecho fueron el altar de mi amor, y los altares purifican la sangre de las víctimas.
- GINEV. No, no. (*Aterrorizada.*)
- NERI (*Frio y cruel.*) Pues caiga derribado entonces el altar. No hay perdón. ¿Oyes? Elige. O que Giannetto entre tus brazos muera —le espero aquí; sé todos sus designios— o moriréis los dos, uno tras otro.
- GINEV. No. Ten piedad de una mujer. Bien sabes que te di amor.
- NERI ¡Amor!... Te lo he pagado con usura... Tu casa..., tus vestidos... son de mi amor... Saliste de la nada, te recogí del fango de la calle, ¡y me hiciste traición!
- GINEV. ¡Neri!
- NERI ¡Silencio!
- Para mí, tus lamentos son en vano... Dime. Cuando Giannetto vuelve, ¿dónde le esperas? ¿En tu cámara, cual antes me esperabas, o aquí? ¡Pronto! ¡Responde!
- GINEV. ¿Allí?
- NERI Sí; allí.
- ¿Y está toda la noche a oscuras? ¿No hay más luz que esta linterna? ¡Yo la dejaba en ese mismo sitio!... (*Señalando el arca.*)
- GINEV. ¿No mientes?
- NERI No.
- Pues corre al lecho; corre. Espérale radiante y perfumada,

pronta a tenderle con amor los brazos,
hermosa y digna de que muera en ellos.
¡Casi le envidio su gloriosa muerte!

GINEV. ¡No iré! ¡No iré! ¡No harás esa perfidia!

NERI Yo te conozco y sé que no le amas.
Sabiendo que su muerte es el camino
para salvarte, dejarás que muera.

GINEV. ¡No quiero, no!

NERI ¡Mala mujer! Si sale
una protesta de tu boca, juro
que he de tenderte yerta sobre el lecho.
Y allí, cuando Giannetto te acaricie,
te hallará fría, ¡intensamente fría!

GINEV. ¡No! (*Da algunos pasos, estremecida de terror.*)

NERI Cuida, pues, de no decir palabra.

Según sus amenazas, imagino
que ha de venir con gente armada, acaso
para matarme. Acecharé en tu alcoba.
Cuando Giannetto no me encuentre y crea
estar solo a tu lado, el miserable
buscará de tu cuerpo el dulce arrimo.
¡Yo saldré entonces!

(*Ginevra hace un gesto desesperado como inten-
tando hablar. Neri le impone silencio con la mi-
rada.*) ¡Pronto! ¡Adentro!

(*Ginevra entra en la alcoba.*) ¡Cintia!

Neri y Cintia, que entra al instante por la izquierda.

NERI ¿Nos has oído?

CINTIA Nada.

NERI ¡Mientes! ¡Todo!

Prefiero que así sea. Y ahora atiende:
si se te escapa una palabra, un gesto,
encomiéndate a Dios. Al lecho torna
y no salgas, escuches lo que escuches.
(*Cintia sale temblando. A Ginevra, que está en
su alcoba.*)

Y tú, primero de acostarte, deja
en su sitio la luz.

(*Reaparece Ginevra y pone la linterna sobre el*

arca, junto a la entrada de la alcoba. Luego desaparece nuevamente.) Así me place.
 (Después de una pausa, Neri se acerca a un armario a la izquierda. Lo abre y saca un puñal. Luego de escuchar un instante entra también en la alcoba. Se oye acercarse en la calle una ronda de cantores. Después, una voz canta, bajo la ventana.)
 (Cantando.)

VOZ

CANCIÓN DE MAYO

Ha vuelto mayo,
 el mes de los amores. (Acorde de violín.)
 Vistió la primavera
 su túnica de flores;
 la vida placentera
 se inunda de colores;
 nos brinda sus fulgores
 un amoroso rayo. (Acorde.)
 Los campos, ¡qué risueños!,
 la noche, ¡qué serena!
 Nos mecen los ensueños,
 amor nos encadena;
 de estrellas está llena
 la noche. Ha vuelto mayo.

(Acorde final. Terminada la estrofa, el cantor calla en pausa larga. En la puerta izquierda, iluminada por la luna, aparece Fazio. La habitación está apenas alumbrada por la linterna. Fazio adelanta, sigiloso, y se detiene a escuchar. Cuando ya está en medio de la estancia le llama Cintia con voz anhelante.)

Fazio y Cintia. Después, la voz de Neri, dentro

CINTIA ¡ Ahí ! ¡ Ahí está ! ¡ Que no venga Giannetto !
 FAZIO ¿ Quién ?

Ayuntamiento de Madrid

- CINTIA Neri : el amo... Ve a dar el aviso.
No me descubras, por Dios. ¡ Huye ! ¡ Huye !
- FAZIO (*Dirigiéndose a ella, después de haber requerido el puñal.*)
¿ Dónde se oculta ?
- CINTIA En la alcoba, esperando
asesinarle cuando entre... Si sabe
que os advertí del peligro soy muerta.
(*Sale Fazio ; después de breve vacilación, vuelve a desaparecer por la puertecilla de la derecha. Empieza de nuevo el acorde, y se oye la canción nuevamente.*)
- VOZ (*Cantando.*)

Risueña abrió su puerta
la bella desdeñosa ;
el día nos despierta
en brazos de una hermosa ;
el alma se reposa
en lánguido desmayo.

(*Aparece en la puerta izquierda, y luego avanza, un hombre oculto bajo una capa roja. Cruza la habitación, dejando la luz donde está, y entra en la alcoba.*)

- VOZ (*Cantando.*)

¡ Sé siempre bien venido,
viajero de ilusiones,
que traes a nuestro nido
aromas y canciones !
¡ Abrid los corazones !
¡ Amad ! ¡ Ha vuelto mayo !

(*El cantor calla. Oyese un último acorde que se aleja. Breve pausa. Fazio reaparece y escucha. Pasan pocos instantes. Se oye un doble grito de hombre y mujer. Fazio desaparece rápidamente.*)

Neri, Giannetto y Fazio.

- NERI *(Dentro de la alcoba.)*
Siempre, Giannetto, cumplo mis promesas.
(En el umbral de la puerta.)
Si aun no estás muerto o si los muertos sienten,
¡acuérdate de mí, de Neri el loco!
(Tras una carcajada feroz, dirígese a la puerta izquierda para huir, con el puñal ensangrentado en la mano. Cuando está ya cerca de la puerta, iluminada por la luna, aparece en aquélla la rígida figura del pálido Giannetto. Hace Neri un gesto de estupor y retrocede, se le cae de la mano el puñal, balbucea, coge la luz, acércase a Giannetto, que ha avanzado en la sombra.)
¡Tú! ¡Tú!
- GIAN. *(Temblando en su venganza, con un esfuerzo supremo, sepulcral.)*
¡Yo! Mi presencia no te espante.
Que apresuraste tu venganza advierte.
¡Nunca tuvo Ginevra un solo amante!
Tu capa verde fué mi introductora;
mi roja capa le presté yo ahora.
Tú, con tu amor, el mío defendiste,
¡y muerte en brazos del amor le diste!
¡Di! ¡Di!... ¿Quién era?
(Feroz.) ¡Era Gabriel! ¡Tu hermano!
¡No! *(Con desesperación.)*
GIAN. *(Con intención sugestiva.)*
¡Si a tus ojos crédito concedes,
entra y verás el crimen de tu mano!
(Neri, embrutecido, con la linterna en la mano, con el rostro descompuesto, con los ojos enormemente abiertos, presa de terrible curiosidad. entra en la alcoba.)
¡Y ahora conserva la razón si puedes!
Huyamos, aun es tiempo... ¿Qué habéis hecho?
GIAN. ¿Huir? ¡Jamás! Yo siento que mi pecho ama el terror... Ya vuelve.. Si me alcanza...
NERI *(Dentro.)* Lisabetta, mi vida, mi esperanza.
GIAN. Si fué mi voluntad, ¿de qué me espanto?

NERI *(Saliendo. Siempre idiota.)*

¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

GIAN.

¡Oh! ¡Si pudiera

llorar!... ¿No tendré lágrimas siquiera?

¡Naturaleza, dame al menos llanto!

TELÓN

EL TEATRO

MODERNO

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

HISPAÑOAMÉRICA		OTROS PAISES	
Año.....	Pta. 24	Año.....	Pta. 40
Semestre...	> 12	Semestre...	> 24
Trimestre..	> 8	Trimestre..	> 12

~~NUMEROS~~ PAGO ANTICIPADO ~~NUMEROS~~
LOS NÚMEROS ATRÁBADOS SE VENDEN
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, de 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se haile establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

MUJERES

PUBLICACION QUINCENAL

FOTOGRAFÍAS
ARTÍSTICAS
DE
Beldades femeninas

MODELOS DE ESTUDIO

1,25 PTAS.

¡CIUDADANOS
Preparadse a leer

EL PINGÜINO

Semanario satírico

20 cts.

¡TIGRIS!

Este nombre trágico, impresionante, superior de las más increíbles y espeluznantes hazañas, de los más inauditos episodios, cuyo novelesco relato hace temblar de angustia, de piedad o de amor, estará pronto en todas las bocas...

¡TIGRIS!

Pero... ¿es una novela? ¿No se trata de aventuras verdícas y reales, de una revelación inesperada, de algo cierto y no imaginado?

¡TIGRIS! ¡TIGRIS! ¡TIGRIS!

Su autor, el famosísimo maestro del género

MARCEL ALLAIN

que llegó a las cumbres de la popularidad con su celebérrima obra

FANTOMAS

se ha superado a sí mismo al escribir

¡TIGRIS!

obra de realidad, de audacia, palpitante de pasión, de vida, misteriosa, incomparable, cuyos derechos de traducción exclusiva para el castellano ha adquirido PRENSA MODERNA, que publicará los 25 VOLÚMENES de que se compone la obra completa en el término de un año, a razón de uno cada quince días y al precio inverosímil de

¡UNA PESETA! ¿Cuándo se ha ofrecido al público nada tan barato en libros de 200 páginas, cuidadosamente editados, y de un autor de tanto renombre y prestigio?

Lector: acuérdate de ¡TIGRIS!

Te hará reír, te hará llorar, te crispará los nervios, te emocionará, te conmoverá, te conquistará...

¡TIGRIS! El héroe a quien se odia...

¡TIGRIS! El héroe a quien se ama...

Ayuntamiento de Madrid

EL TEA
MODE

LAS